

Dizzy Gillespie

Explosivo, tonitruante, una cabeza de foca turbulenta sobre un cuerpo de atleta, este es Dizzy Gillespie, padre del be-bop. Cinco mil personas no han podido entrar en la Sala Pleyel, llena a rebosar para aplaudir su recital. El barrio de Saint-Germain y Saint-Germain-des-Près, se han reconciliado bajo los «alaridos» de su famosa trompeta labrada.

Después de América y antes que Inglaterra, París, aclamando al innovador número uno del Jazz, marcaba la salida de un ensayo de difícil principio. «Para mí, el Be-bop tiene la resonancia de una quincallería sacudida por un terremoto» escribía el crítico Jimmy Cannon un día de 1947. Y el célebre trombonista Tommy Dorsey insistía: «El be-bop ha hecho retroceder la música en veinte años».

La historia del Be-bop, es la historia de Dizzy Gillespie. Pues «Dizzy», que estuvo sin duda alguna presente en su nacimiento, aseguró casi solo, con Charlie Parker, el éxito.

Dizzy no es un nombre, sino un mote: el enredador, el atolondrado, el vertiginoso. En realidad se llama John Birks Gillespie. Hijo de un albañil—su hermano mayor es taxista—, descubre la música en el granero paterno en donde se guardan los instrumentos de la banda municipal de Cheraw, su pueblo natal en Carolina del Sur. El ritmo del be-bop le es impuesto cruelmente. Cada sábado por la mañana, a las nueve, su padre le inflige bajo rugidos, su correctivo ritual. Motivo: haber inyectado su entusiasmo a los cobres municipales. Vano castigo: A los catorce años abandona la escuela industrial; será trombonista. Un vecino bienhechor le presta una trompeta usada de la que por milagro llega a arrancar unos sonos chillones, estridentes.

Conmovido por sus loables esfuerzos, su profesor de solfeo y armonía le ofrece un nuevo instrumento. Jamás olvidará este recuerdo de su bautismo musical. Y en 1935, cuando abandona Cheraw por la ciudad, se lo lleva envuelto en un «Comics» (1). Tres meses después, el joven provinciano, con el sombrero hundido hasta la oreja, parte a la conquista de



Dizzy Gillespie

Filadelfia con un dólar en el bolsillo, con el cual podrá comprar el último éxito de Benny Goodman y «La consagración de la primavera». Puesto que este esforzado del Jazz tiene otras tres pasiones: Strawinsky, Ravel y Bela Bartok.

Se lo disputan cinco orquestas. Dizzy escoge: sustituirá al trompeta Roy Eldridge que acaba de dejar la orquesta de Teddy Hill. Roy, era su ídolo. Más tarde él también se convirtió en otro ídolo. Pero no se doblega a las disciplinas necesarias. Se resiste. No admite que se le dirija. Este refractario irrita a sus camaradas quienes amenazan de abandonar la formación si Dizzy se queda. Dizzy se burla. Se refugia en un «dandysmo» irrisorio: viste con estridencia y para distraerse deambula prolongadamente por la Novena Avenida.

En esta vida de bohemio, se afirma su independencia. No rompe solamente con sus amigos, sino también con un estilo. Pronto concebirá el suyo propio. Cab Calloway, que lo recoge en su orquesta, va a ayudarlo a expresarlo. Pero este matrimonio no es más que un matrimonio de raciocinio. Dos años más tarde Dizzy, niño terrible, que sueña con nuevas experiencias, se cansa de ésta.

Para distraer su aburrimiento, con una cerbatana arroja bolitas de papel a la trompeta ya tapada por la sordina de Cab Calloway. Tumulto en el escenario: diez puntos de sutura a cada uno de los combatientes. Esto es el principio de una disputa mucho más seria, la del Jazz pro bop y anti-bop. Gillespie despliega su primer batallón en 1947, en el gran día del Carnegie Hall.

Sus fieles, sus seguidores, adoptan su peinado, sus lentes y su boina vasca. *Time* protesta: «¿Hasta qué punto se nos puede ensordecer?». *Life* publica un dibujo representándole como un muezzin monstruoso, saludando a la Meca. El be-bop escapándose de Broadway inunda Nueva York, franquea las fronteras, penetra en Inglaterra, en Suecia, en Francia. En París, Charles Delaunay, director pro-bop de la revista *Jazz Hot*, y Hugues Panassié, director de la revista enemiga *Le Bulletin du Hot Club de France*, se invectivan. La polémica adquiere un tono tal, que la prefectura de policía, cuando Louis Armstrong viene a presentar su recital, delega a un ejército de agentes a la Sala Pleyel. Los pro-bop fanatizados han tomado por blanco al trompeta encanecido y clásico. En Suecia, la jira de Gillespie es